

Una curruca en el cañaveral

Lily Mabura

Lily Mabura ha desarrollado su carrera literaria y académica en diversos sitios como Kenia, Estados Unidos y la Unión Europea. Obtuvo títulos en la Universidad de Nairobi, la Universidad de Idaho (FMA en Escritura Creativa-Ficción), y en la Universidad de Misuri-Columbia (Doctorado en Inglés-Escritura Creativa y Estudios Africanos). Ha recibido diversos premios, entre ellos, el Jomo Kenyatta Prize for Literature (2001), el National Book Week Literary Award for the Best First Novel (2001) y el Ellen Meloy Desert Writers Award (2007). Su relato "How Shall We Kill the Bishop?" estuvo nominado para el Caine Prize for African Writing en 2010. Sus obras publicadas incluyen una primera novela titulada *The Pretoria Conspiracy* (Focus Books, 1999) y cuatro libros para niños: *Ali the Little Sultan* (1999), *Seth the Silly Gorilla* (2002), *Saleh Kanta and the Cavaliers* (2005) y *Oma* (2011). Su último trabajo es la colección de cuentos *How Shall We Kill the Bishop? and Other Stories* (Heinemann-Pearson, 2012). Relatos de Mabura han aparecido en las revistas literarias *PRISM International*, *Wasafiri* y *Callaloo*, así como también en las antologías *Fish Anthology 2007* y *Love on the Road 2015*.

El cielo era azul, y si Mogz Meireles pudiese imaginar a Waa-ga, entonces azul era el color para cubrirlo. Negro azulado, Dios, Waaga, era el color del cielo cuando lo observas al morir la noche, mientras el hipopótamo abandona el santuario del Tana y las islas flotantes de lechuga de agua.

Mogz Meireles veneraba al Tana, y más aún ahora que era negro azulado y los hipopótamos pastaban en las orillas y los cocodrilos dormían con la mitad de sus cerebros, la otra mitad alerta. Él estaba afuera, en las orillas bajas de la noche del río, pescando. Remó en su canoa tallada en madera sobre los bancos de arena del cañaveral, con cuidado; aquí y allí se topaba con las currucas de Basra, que habían volado todo el camino desde los pantanos de la Mesopotamia –ellas también, como el cocodrilo, alertas con un solo ojo. Pero su *ayyaana* parecía comprender lo que Mogz Meireles –que el poder creativo de Waaga que existía en ellas y en Mogz Meireles, se aunaba en la oscuridad. Las currucas, después de todo, lo habían visto en el río durante toda su vida invernal. Todas las criaturas viejas del río lo conocían y también las jóvenes, y las que habían nacido ayer y no lo conocían llegarían a conocerlo. Así, estudiaban a Mogz Meireles con sus ojos unilaterales abiertos, y lo consideraban con sus mentes

unihemisféricas bajo la luz de la luna –Mogz Meireles, el viejo *dabal’le* del río Tana, que pescaba en la noche, en la antigua canoa que alguna vez había pertenecido a su padre. Remó entre las cañas –sumergiendo y sacando del agua el remo de acacia. Tenían que escuchar con mucha atención para poder oírlo. Algunas veces era Mogz Meireles en las cañas y otras veces era el viento. Cuando él se topaba con ellas, siempre era tarde para hacer algo más que observarlo mientras se deslizaba como la propia sombra de Waaga en el negro azulado.

En los viejos tiempos, cuando él era un muchacho y su padre todavía vivía y acostumbraba a trenzar y tejer su largo cabello con conchillas de cauri porque era un *dabal’le*, el río era infinito y sinuoso, y él podía recorrerlo desde los Aberdares a su antigua boca oceánica en *mto* Tana. Pero las cosas fueron cambiando lentamente a lo largo de los años. Se habían construido represas y reservorios en el curso sureste, por lo que ahora encontrabas a la tilapia de cuatro espinas aguas arriba y a la tilapia de tres espinas aguas abajo. Habían introducido peces nuevos en el río viejo, como la gambusia, que comía mosquitos en el curso superior. Había también varias especies de salmones, que habían encontrado su camino hacia las aguas del Tana desde las granjas de piscicultura vecinas y los diques en la temporada de inundaciones. Estos, ahora, eran los nuevos peces del Tana, mientras las anguilas y el pez gato luchaban al cambiar el río y al ver el amplio delta estrangulado por el canal hecho por el hombre hacia el estuario de Kipini, donde fluía hacia el océano Índico.

De todas formas, Mogz Meireles tenía fe en el Tana, en que en la noche le cedería una o dos anguilas de buen tamaño en sus bancos de arena. Era la misma fe que tenían los nómades, año tras año de duras sequías, llevando a sus animales a través de los lagos y adentrándose en el Tana para beber y buscar

la pastura verde que sobrevivía en los pliegues de sus meandros. Llegaban al curso medio del Tana desde toda la provincia del Norte y hasta de tan lejos como las fronteras del desierto lindantes con Somalia y Etiopía. Los granjeros se quejaban, pero los dejaban pasar a través de los parches de melón y el número creciente de arrozales, como lo habían hecho durante años. Cuando estos nómades polvorientos y sus animales se demoraban, los granjeros amenazaban con contárselo a Mogz Meireles. Pero cuando los granjeros causaban problemas innecesarios, los pastores cansados, llevando sus improvisadas casas de cuero, ramas y paja sobre sus camellos agotados, también amenazaban con contárselo a Mogz Meireles –el *dabal’le* del Tana. Y entonces los granjeros los dejaban pasar –ganado cebú de cuerno corto, cabras, camellos, burros y todo eso. Cuando los nómades llegaban al río, sacrificaban un becerro joven a Sanbata, el espíritu guardián del ganado. Luego buscaban a Mogz Meireles y le presentaban sus respetos. Después de esto, se zambullían junto con su ganado en el Tana y bebían largo y tendido.

Un *dabal’le*, dicen los boran, es un hombre que vive entre Waaga y los hombres comunes –un ser liminal nacido cuando su padre está en oficio como *abba gada*. Mogz Meireles, sin embargo, era más que un *dabal’le* –él, cuyo cabello seguía largo para confundir al diablo, a quien alguna vez llamaron con nombre de mujer y al que aún muchos le hablaban como a una mujer para que el maligno no pudiera nunca conocerlo, quien podía sanar con un toque de su mano, y al que nunca habían castigado, ni siquiera de chico. Mogz Meireles era hijo del *kaalluu*, el alto sacerdote boran, que reina sobre todo a los ojos de Waaga. Pero no era ese el único motivo por el que Mogz Meireles era conocido como el *dabal’le* del Tana y reverenciado a lo largo del río y las tierras circundantes. Era una larga historia, pero en esencia el relato era que Mogz Meireles y su padre pescaban en el Tana al morir la

noche y alimentaban en secreto a los hombres hambrientos en los campos de concentración de Hola.

En los viejos tiempos, cuando algunos boran huyeron de persecuciones en Abisinia y cruzaron las tierras bajas controladas por los británicos, los despojaron de sus armas y de sus caballos. Con espíritu humilde, esos rápidos jinetes de las planicies de Abisinia se volvieron hacia el camello y el burro. Alguna vez cazadores, se habían convertido en presas de caza. Habían visto profanados sus sagrados sicomoros y se dieron la vuelta, hacia el oeste, avergonzados. Había, sin embargo, un *kaalluu* que había llevado consigo a su único hijo y había desaparecido en los bosques del Tana. Padre e hijo se disolvieron en el negro azulado de los árboles del manglar y encontraron un hogar donde vive el mono colobo rojo con su hermano de cara blanca, el mangabey.

Sin embargo, por lo de Hola, Mogz Meireles, que alguna vez había pertenecido a su gente, ahora pertenecía a todos a lo largo del Tana, en este lugar donde el río cruza los estrechos arenosos de la frontera norte como una alfombra verde extendida para Waaga.

Sinceramente, Mogz Meireles no era creyente, pero era un hombre que quería creer. Quería creer en un Dios que vivía en él y en la gente del Tana quien, a su vez, creía en él.

La creencia absoluta le fue otorgada en algunas ocasiones —momentos redentores de fe, que eran pocos y espaciados. Recordó uno en esa noche de pesca, y le pareció extraño estar pensando en eso, como si quizás algo de verdadera significancia estuviera por suceder.

Muchos años atrás, un *ekera* desconocido, un espíritu ancestral, lo había convocado a través del desierto más allá del Tana para rendir homenaje a Waaga en los antiguos cementerios de piedra ahora en tierras de Turkana, en los lugares que llamaban Namoratunga —gente de piedra.

“Observa el cielo penumbroso del amanecer, Mogz Meireles”, había dicho el *ekera*. “Cuando la luna nueva se eleve en la constelación de Triangulum y el año comience para tu gente”.

“Eres un *dabal’le* y entonces debes ver la luna nueva, que elude el ojo humano a la salida del sol, y verás al *ekera*”, le había confirmado su padre, “¡Síguelo!”.

Y entonces Mogz Meireles esperó la hora antes del amanecer y vio el resplandor del *ekera* y la luna nueva en el lejano horizonte de Triangulum –la constelación mirándolo como un viejo ojo con cataratas espiraladas. Dejó las aguas del Tana por el terreno seco, la Tierra –dura, arenosa e implacable–, cambió su canoa de acacia por el lomo duro del camello, ese barco del desierto, hacia lo más lejano de los Namoratungas, donde los ancianos eran enterrados cerca de los diecinueve megalitos de basalto orientados hacia Triangulum, las Pléyades, Aldebarán, Bellatrix, Orión, Saiph y Sirius. Eran los ancianos los que habían desarrollado el calendario borana, y entonces se fue hacia Namoratunga como su padre había ido antes que él, y también su abuelo lo había hecho antes, y su *dabal’le* y todo su ancestral linaje sacerdotal.

Mogz Meireles recién volvió al Tana muchos meses después, cuando la luna Gibbous se ponía en Triangulum. Encontró a una mujer pequeña sentada fuera de la casa flotante de bambú que compartía con su padre. Tenía ojos oscuros y agudos, como los de la bisbita de Malindi, y un rostro color marrón ocre. Alrededor de sus hombros llevaba un chal de corteza negro azulado.

“¿Dónde está mi padre?”, había preguntado.

Ella señaló el río y dijo: “Bajó por allí y nunca regresó”.

“¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? ¿De dónde vienes?”, preguntó Mogz Meireles.

Ella señaló río arriba. “Vengo de las montañas”.

Su nombre era Maram y no le tenía miedo.

“Vi tu cara en un sueño, *dabal’le*. Era delgada y tu barba era larga. Dabas vueltas y vueltas alrededor de las piedras altas. Te tropezabas y caías, peregrino. Pensé que podías morir porque nunca te detenías, aun bajo el calor del día o los vientos de la noche de Turkana. Pero entonces vi que las estrellas finalmente te reconocían y se ordenaban como joyas sobre tu cabeza. Orión puso su brillante cinturón azul sobre tu cabello y tus conchillas de cauri resplandecieron en el negro azulado”.

Maram tenía la voz de una *amina* de Abisinia, esa mitad de uno con quien se cantaba una canción en tándem una vez al año —y, aparentemente, una vez en la vida para un *dabal’le*.

“¿No me viste, *dabal’le*?”

“Vi la brillante y roja Betelgeuse”, respondió.

“Ah, sí”, dijo ella con suavidad, “la sombra de Hola”.

Hola —alguna vez campos de concentración coloniales en el Tana. Hubo un hombre de las montañas —de aquel sitio del que ella había venido— en Hola. Los aviones de la Fuerza Aérea Real bombardeaban los bosques en las montañas y él perdió una pierna y así fue como pudieron atraparlo. Lo llevaron a Hola en muletas para poder ser diluido. Así es como entonces le decían. Diluido. Rehabilitación, decían. Civilización. Lo arrastraron por el campo en su única pierna y lo hicieron sentar bajo el sol, y luego lo azotaron con una cola curada de búfalo y luego lo sumergieron en la salina y caminaron sobre él con botas duras del ejército, y luego le metieron un botella con agua caliente en el recto y lo hicieron llevar el balde del baño sobre su cabeza, lleno hasta el borde de orina y heces, y se rieron cuando todo cayó sobre su rostro al cojear, y lo vieron tiritar con un ataque de fiebre tifoidea, y luego lo llevaron al Tana cerca de las guaridas de los cocodrilos como disciplina adicional del campo.

El *dabal'le* oyó el tiritar de la fiebre tifoidea en el negro azulado.

Los guardias blancos y los guardias negros del campo reían y bebían, y no entendieron cómo el hombre de las montañas, esposado y con una sola pierna, pudo desaparecer bajo sus ojos en el negro azulado. El oficial local del distrito llegó por la mañana y buscó él mismo en las orillas del río. Luego puso a los guardias en un viejo camión y los envió a la oficina del gobernador colonial en Nairobi. Poco después, la historia apareció en los periódicos. Los guardias no regresaron a Hola y el oficial del distrito dio vueltas, proclamando: *Esto es Galole y esto es Galole y esto es Galole. No Hola. ¿Entendido?*

Y ahora, años más tarde, Maram estaba ahí y en su cara estaba la dilución divina del hombre de una pierna –hasta lo mínimo de la sombra del hombre oculta en su rostro. El cocodrilo y el hipopótamo, el colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, el *dabal'le* y el río –todos escucharon con el corazón cuando ella habló. Ella le ofreció la paz al *dabal'le* en un bol de barro con frutos de café de las montañas –lo que los boran llaman *buna gala*. El *dabal'le*, por su parte, le ofreció un *gorfo*, un vestido largo hecho de la piel de un cordero negro, que le había dado un emisario de la tribu konso cuando volvía de Namoratunga. Para tu novia, *dabal'le*, le había dicho el emisario, aunque en aquel momento él no tuviera ninguna.

Luego de esto, el *dabal'le* y Maram nadaron en las aguas del Tana cerca de la casa de bambú del río. Ella durmió sobre las hojas blandas de palmera dum de su cama y él observó su rostro en la luz suave de la mañana mientras el sol atravesaba en líneas el bambú. Algo bello puede salir de algo triste, *dabal'le*, le susurró al oído el espíritu *ayole*. La brillante y roja Betelgeuse no solo es la sangre de Hola, sino también la de tus hijos al salir del vientre de Maram. Y entonces el corazón del *dabal'le* se alegró

y besó los labios de Maram y sus pechos en forma de cocos. No había liminalidad dentro de ella. A él le gustaba remar con su canoa —ella era el curso infinito del Tana y él, el remo de madera de acacia, hundiéndose, enfrentando una incansable lucha coronada por un placer que lo dejó sin aliento como a cualquier mortal. Luego hubo una inundación de deseo y el eco del orgasmo de ella resonó en su oído izquierdo. Cuando él abrió los ojos, había mariposas azules con bandas doradas en las vigas de bambú sobre sus cabezas. Ella se había quedado entre los meses de Cikawa y Sadassa.

Era un buen recuerdo que el *dabal'le* saboreaba mientras pescaba en la noche —un recuerdo de creencia absoluta en la bondad de la vida y el mundo que Waaga había creado. Pensándolo bien, él había estado plagado de dudas. Todo había comenzado un año atrás, cuando la luna nueva salía en Orión central. El *dabal'le* había estudiado los cielos y soñado con una terrible caza cósmica. Rigel, el cazador, había tensado el arco y soltado una flecha sangrienta, la brillante y roja Betelgeuse, y le había dado a una de las tres estrellas azules.

Fue luego de este sueño que un viejo granjero cristiano al que llamaban Samuel le había traído un gran melón y una cesta de arroz de su granja. “Ruega por nosotros, *dabal'le*”, le había dicho el hombre.

“Siempre rezo por ustedes”, respondió.

“Como sabes, mi hijo está en Koromey”, continuó el viejo granjero.

El *dabal'le* lo miró en silencio: la cara cansada, las manos nudosas que habían trabajado los arrozales por demasiado tiempo, y un doloroso andar reumático.

“Atacaron la cantera en Koromey, donde trabaja mi hijo”, siguió el anciano. “Como sabes, él no puede recitar las palabras de su Libro”.

“Tu hijo no está muerto”, respondió el *dabal’le* con una seguridad que lo sorprendió.

“Pero cómo... ¿cómo lo sabes?”, tartamudeó el hombre.

“¿Tu hijo no nació en los recodos del Tana, Samuel? Sabe lo que es cazar y ser cazado, aunque sea el hijo de un granjero. El Tana se lo enseñó. Y entonces no duerme en tiendas, sino a la sombra de las rocas y en las cuevas que ha cavado con sus propias manos. Ellos buscaron y mataron, y volvieron a buscar y a matar con sus cuchillos y armas, pero no lo vieron en el negro azulado. Vuelve a tu granja, Samuel. Espera ahí y consuella a tu esposa. Tu hijo volverá pronto por el mismo sendero por el que se fue a Koromey”.

Pero Rigel, el cazador, no estaba satisfecho. En un segundo sueño, poco después, nuevamente había tensado su arco y soltado una flecha sangrienta, la brillante y roja Betelgeuse, y le había acertado a la segunda de las tres estrellas azules de Orión.

Y esta vez, en la casa de bambú del *dabal’le*, apareció un segundo hombre. Un extraño que venía de lejos.

“*Dabal’le*”, susurró. “Mírame”.

“Estoy viendo”.

“¿Y qué ves?”, preguntó el anciano, su rostro inclinado, los ojos bajos.

“Un hombre viejo como yo que fue abatido por un grupo de jóvenes a los que había visto crecer”, respondió el *dabal’le* con una seguridad que, de nuevo, lo sorprendió.

El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, dejaron de balancearse entre los árboles sobre la casa del *dabal’le* y escucharon.

“¡Una vergüenza! Los maldije en nombre de todos los dioses”, dijo el anciano y escupió en la tierra. Su saliva era espesa y amarilla de flema. Su brazo derecho descansaba en un cabestrillo blanco y tenía la cara rota.

“¿No es mucho mejor que los maldigan los dioses?”

El anciano se quedó en silencio por un largo rato. Cuando finalmente encontró su voz, dijo: “Mira a mis hijas, *dabal’le*”.

Había dos chicas detrás del hombre. Las empujó hacia adelante.

“Las crié por mi cuenta. Solo, *dabal’le*, ¡por mi cuenta!”

“Son chicas hermosas, anciano”, respondió el *dabal’le*. “Le has sido fiel a la promesa que hiciste a su madre cuando caminaba en esta tierra”.

“Me ataron a un árbol y me obligaron a mirar, *dabal’le*”.

El anciano se sentó en la galería de bambú y sollozó como un chico.

El hipopótamo lo observó desde una isla flotante de lechuga de agua, y el cocodrilo lo observó desde su guarida.

“¿Encontraron al camello?”, preguntó el *dabal’le* a las dos chicas.

Se alisaron los largos vestidos verdes de algodón y miraron al *dabal’le* a la cara. Se paraban erguidas y altas. Tenían piernas fuertes que aún las sostenían luego de los quince jóvenes en una parcela espinosa, y ojos calmos de color negro azulado.

“¿Quieres saber el nombre de nuestro camello?”, preguntó la más joven.

“Es el *dabal’le*”, respondió la mayor. “Sabe su nombre”.

Pero el *dabal’le* no sabía el nombre del camello, y cuando las chicas lo miraron a los ojos se dieron cuenta.

“Su nombre es Maram”, continuó la más joven.

El *dabal’le* se quedó parado y no dijo nada. Había un dolor agudo en su cabeza. El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, bajaron del árbol y se encaramaron sobre la pared enana que bordeaba la galería.

Las dos chicas se dieron vuelta y levantaron a su padre del suelo de bambú. Sacudieron el polvo de su *kanzu* amarillo a cuadros y, una de cada lado, lo ayudaron a irse por el camino por el que habían llegado.

Pasó un tiempo desde el incidente con el anciano, sus dos hijas y el camello perdido. Pero cuando Mogz Meireles volvió a su casa de bambú en el río luego de que el Tana le hubiese entregado una anguila larga, los recuerdos del trío regresaron. Y cuando el fuego en el fogón se consumió y los huesos de la anguila ardieron en las cenizas y él se estiró en su vieja cama de palmera dum, vio en un sueño que Rigel, el cazador, aún no estaba satisfecho. Por tercera vez tensó su arco y soltó la más sangrienta de las flechas, una brillante y roja Betelgeuse –un río de sangre, y le acertó a la última de las tres estrellas azules de Orión.

Cuando Mogz Meireles finalmente despertó, sobresaltado, estaba bañado en sudor frío. Un estremecimiento lo asaltó y luego sucedió la cosa más extraña en muchos años: había mariposas azules con bandas doradas en las vigas de bambú sobre su cabeza. Era avanzada la mañana. Nunca había dormido hasta tan tarde, no desde Maram. Salió de la cama y abrió la puerta. El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, estaban encaramados en la pared enana que bordeaba la galería. Y allí, al final de la galería, estaba el extraño anciano, sus dos hijas y el camello. El *dabal'*le miró al hombre y descubrió que su rostro ya no estaba inclinado y que ya no llevaba el cabestrillo blanco. Las dos chicas lo observaron con sus ojos negro azulados. Eran como dos jóvenes sicomoros, esbeltos y decididos, arraigados con firmeza a la tierra.

“Veo que encontraron su camello”, dijo. El animal estaba arrodillado en el borde de la choza de bambú con un fardo oscuro en su espalda.

“Sí”, replicó el anciano. “La encontramos en Garissa. Es un camello sabio que toma por senderos poco transitados y camina en el negro azulado cuando Waaga está más cerca de nosotros”, dijo.

“Ya no es una, sino dos”, dijo la hija menor.

“Un camello sabio, de verdad”, dijo el *dabal’le*.

El padre se adelantó despacio y sostuvo la mano del *dabal’le*. “En Garissa, mis hijas también encontraron a una tercera hermana, *dabal’le*. Estaba nadando en un río de sangre entre los arbustos. Al principio pensaron que estaba muerta, pero no lo estaba. No. No. Solo era que había nadado durante mucho tiempo y demasiado lejos en los arbustos. Estaba nadando hacia el oeste, rumbo al Tana. Así que la pusieron en la espalda de Maram y la trajeron a nuestro *kraal* en Bura. Antes del amanecer, dijeron ‘Levántate, padre, el viaje de nuestra nueva hermana termina en el gran río. La debemos llevar allí’”.

“Entonces has sido bendecido dos veces”, respondió el *dabal’le*, mirando ahora el bulto negro sobre el camello.

“Nuestra nueva hermana tiene tu cabello y tus conchillas de cauri, *dabal’le*”, dijo la mayor en voz baja, mirándolo a los ojos.

El *dabal’le* se puso rígido y su corazón se detuvo.

“Nuestra nueva hermana tiene tu rostro, *dabal’le*”, prosiguió la menor.

El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, saltaron sobre el camello y caminaron a su alrededor. Después se sentaron y observaron atentamente el fardo negro sobre su espalda.

“Nuestra hermana estaba estudiando en el nuevo colegio en Garissa cuando ellos llegaron con sus grandes armas y dispararon a través de la noche. Les pidieron entonces a las mujeres que saltasen al río de sangre surgido de todos los jóvenes muertos, y que ‘nadaran’. Cuando ella no saltó al río de sangre, la golpearon en la cabeza y la empujaron. ‘¡Nada, mujer!’, le dijeron. ‘¡Nada!’ Y entonces ella nadó, y nadó, y nadó. Luego volvieron a disparar, pero no la encontraron”, dijo la mayor.

“Nuestra nueva hermana nos contó esto en el camino de Garissa a Bura”, dijo la más joven. “Cuando llegamos a Bura,

la bañamos y le dimos medicina de raíz para que durmiera. No hablará por un rato, *dabal'le*".

"Vamos... vamos, hijas mías", dijo el anciano. "Debemos ayudar a entrar al huésped del *dabal'le*".

El *dabal'le* abrió la puerta de la casa del río y el trío ayudó a entrar a la nueva hermana, la huésped, a la que pusieron sobre la estera de palma dum a los pies de la cama del *dabal'le*. El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, los siguieron al interior de la casa. El *dabal'le* se arrodilló al costado del bulto negro y con lentitud retiró la tela que cubría el rostro de su huésped. El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, se inclinaron y juntos observaron el rostro que se parecía al de Mogz Meireles muchos años antes. Era exactamente como habían dicho las chicas: era la cara del *dabal'le* y era su cabello –largo y negro, y trenzado y enrollado alrededor de las conchillas de cauri. La forma de los labios, sin embargo, era diferente. Eran más llenos que los del *dabal'le* y la piel del sereno rostro era marrón ocre. Aunque los ojos estaban cerrados, Mogz Meireles supo por instinto que eran oscuros y agudos como los de una bisbita de Malindi. Las mariposas en las vigas de bambú descendieron y revolotearon alrededor del nuevo rostro, y luego se posaron en círculo sobre el cabello, como las joyas de una corona.

Las muchachas fueron hasta el camello y regresaron con regalos para Mogz Meireles: una lechera, una cesta de sisal de mijo molido para preparar gachas, una calabaza de miel salvaje de acacia y un bol de barro con *buna gala*. Pusieron todo cerca del fogón y se quedaron allí paradas con los ojos mansos. "Ellos miraron, *dabal'le*, pero no vieron realmente quién era nuestra nueva hermana", dijo la menor. "Tenían ojos, pero no podían ver".

Su anciano padre murmuró bendiciones sobre la nueva hermana y salió de la casa de bambú del río.

Las muchachas siguieron a su padre. La mayor fue la última en salir. Se detuvo en la puerta por un momento y se volvió. “Regresaremos a visitar a nuestra nueva hermana, *dabal’le*”, dijo.

El *dabal’le* miró a las chicas y a su padre y a su camello, y se sintió desbordado de fe en Waaga y en la bondad del mundo que había creado.

El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, los acompañaron por la galería hasta su camello. Las chicas subieron al anciano sobre la espalda del animal y se fueron caminando lentamente por el sendero del bosque. El colobo rojo y su hermano de cara blanca, el mangabey, los siguieron, saltando de un árbol a otro tan lejos como pudieron, para luego regresar a su casa cerca del río donde el hipopótamo pasta en las orillas por la noche y el cocodrilo continúa vigilando con un solo ojo.